

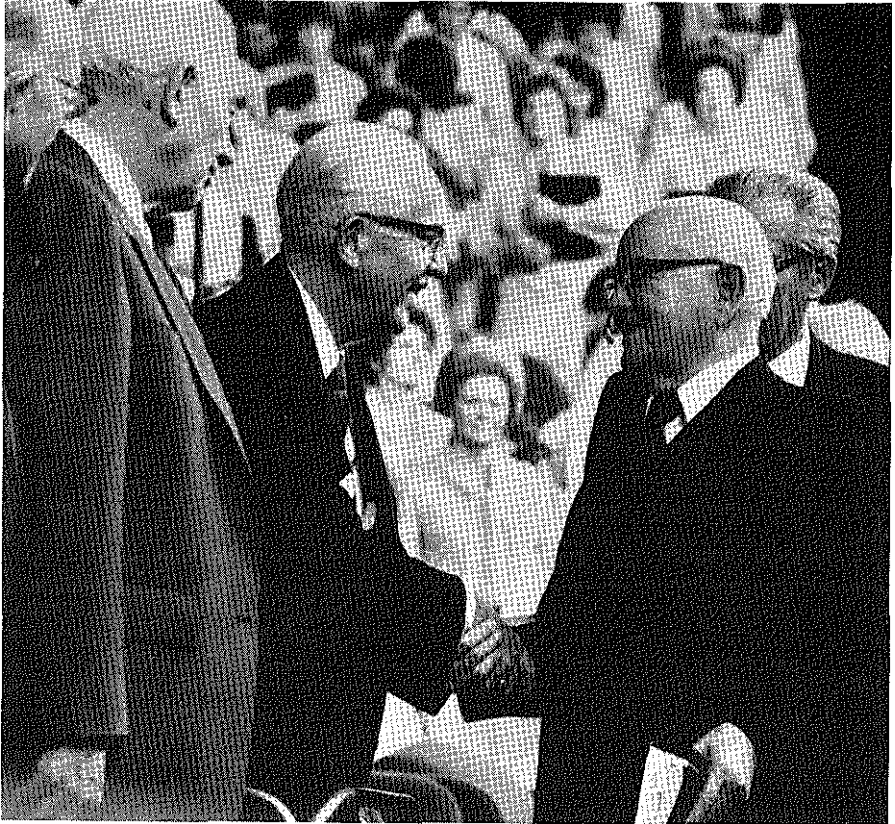
Presidente Spencer W. Kimball

Cristo, nuestra eterna esperanza

Mis queridos hermanos, nos reunimos aquí para servir al Señor, para ser purificados y edificados por su Espíritu, y renovar en nuestro corazón el verdadero espíritu de adoración.

No nos hemos visto decepcionados. El Señor ha estado con nosotros por el poder de su Espíritu y ha sido una bendición haber estado aquí.

Espero que a partir de hoy podamos continuar con una total creencia en las doctrinas que han sido predicadas, llevando con nosotros los consejos de las Autoridades Generales, guardando intacto el mismo Espíritu que nos ha elevado y edificado mientras hemos



Los miembros de la Primera Presidencia saludando a los Apóstoles, antes de empezar una de las sesiones

estado aquí.

Concluyamos en un espíritu de testimonio y de gratitud profunda y sincera para con el Señor, a quien pertenecemos, quien nos ha dado todo lo que tenemos, y en cuya obra nos encontramos comprometidos.

Nuestro amado hermano Pablo, después de proclamar "que Cristo murió por nuestros pecados . . . , que fue sepultado y que resucitó al tercer día, conforme a las Escrituras", entonces dijo;

"Si en esta vida solamente esperamos en Cristo, somos los más dignos de conmiseración de todos los hombres." (1 Cor. 15:3-4, 19.)

Después enseñó y testificó que al igual que

Cristo resucitó, así también todos los hombres se levantarán de la muerte; entonces cada uno será juzgado de acuerdo con sus obras y recibirá su recompensa en las mansiones que han sido preparadas.

En ese estado resucitado, dijo Pablo, "hay cuerpos celestiales, y cuerpos terrenales, pero una es la gloria de los celestiales, y otra la de los terrenales" (1 Cor. 15:40).

Este sistema de religión por medio de la revelación, que hemos recibido también por ese conducto, es sumamente práctico; se encarga de asuntos terrenales, como las posesiones y propiedades materiales; nos enseña cómo llevarnos bien el uno con el otro; es una forma de vida que cambia una existencia triste

y aburrida, y la convierte en una experiencia gloriosa y exuberante.

Pero se trata de mucho más que esto. El Evangelio de Jesucristo es el eterno Plan de Salvación. Es el plan concebido y anunciado por Dios, el Eterno Padre, para la salvación de todos aquellos que crean en él y lo obedezcan.

Somos seres eternos y no tenemos forma de comprender cuánto tiempo vivimos en la presencia de Dios, como sus hijos espirituales. Nos encontramos aquí en el estado mortal, por un breve momento de examen y prueba. Entonces se producirá la resurrección, recibiremos nuestra herencia correspondiente en el reino que merezcamos, y pasaremos a vivir por toda la eternidad.

Esta vida consiste de un breve ayer, unas pocas y cortas horas hoy, y unos efímeros momentos para el mañana. Las personas más ancianas apenas alcanzan a vivir algo más que cien años, Pero la vida ha de continuar por siempre y no tendrá fin. El ser humano se levantará de la tumba y jamás volverá a morir. La vida es eterna; después de la resurrección, los hijos de nuestro Padre Celestial jamás volverán a gustar de la muerte.

Aquí, en esta tierra tenemos nuestra esperanza puesta en Cristo; El murió por nuestros pecados, y gracias a El y su Evangelio, éstos quedan lavados con las aguas del bautismo; el pecado y la iniquidad se consumen y desaparecen de nuestra alma, como si un fuego los hubiera reducido a la nada; y llegamos a ser puros, a tener conciencias limpias y a ganar esa paz que sobrepasa toda comprensión. (Véase FU. 4:7.)

Viviendo las leyes de su Evangelio, logramos la prosperidad temporal, al igual que la salud física y la fortaleza mental.

Hoy, contamos con las bendiciones del evangelio. Mas HOY, no es más que un grano de arena, perdido en el Sahara de la eternidad. Pero también tenemos esperanza en Cristo para la eternidad, de otro modo, como dijo Pablo, seríamos, "los más dignos de conmiseración de todos los hombres".

¡Cuán grande sería nuestro pesar —y en forma justificada— si no hubiera resurrección! ¡Cuán miserables seríamos si no tuviéramos la esperanza de una vida posterior! Si nuestras esperanzas de salvación y recom-

pensa eterna desaparecieran, en verdad llegaríamos a ser más miserables aún que quienes nunca tuvieron esa esperanza en el corazón.

"Mas ahora Cristo ha resucitado de los muertos; primicias de los que durmieron es hecho." (1 Cor. 15:20.)

Los efectos de su resurrección tendrán poder sobre todos los hombres, "porque así

"Pero quienes hayan creído en Cristo, quienes hayan abandonado las cosas del mundo, quienes hayan tomado al Espíritu Santo como guía y hayan estado dispuestos a ponerlo todo —todas sus posesiones— en el altar; quienes hayan guardado los mandamientos de Dios, irán al Reino Celestial, cuya gloria es comparable a la del sol."

como en Adán todos mueren, también en Cristo todos serán vivificados" (1 Cor. 15:22).

"Y así como hemos traído la imagen de lo terrenal, traeremos también la imagen de lo celestial." (1 Cor. 15:49.)

Se han tomado medidas para que cuando "esto corruptible se haya vestido de incorrupción, y esto mortal se haya vestido de inmortalidad, entonces se cumplirá la palabra que está escrita: Sorbida es la muerte en victoria" (1 Cor. 15:54).

Entonces todos los hombres se presentarán ante el tribunal del gran Jehová, para ser juzgados de acuerdo con sus hechos en la carne. Quienes hayan vivido de acuerdo con el mundo, habrán de ir a un reino terrenal, cuya gloria es comparable a la de las estrellas. Quienes hayan sido decentes y justos, y hayan vivido una vida de buena reputación, heredarán un reino terrestre, cuya gloria es semejante a la de la luna.

Pero quienes hayan creído en Cristo,

quienes hayan abandonado las cosas del mundo, quienes hayan tomado al Espíritu Santo como su guía y hayan estado dispuestos a ponerlo todo —todas sus posesiones— en el altar; quienes hayan guardado los mandamientos de Dios, irán al Reino Celestial, cuya gloria es comparable a la del sol.

"¿Dónde está, oh muerte, tu aguijón? ¿Dónde, oh sepulcro, tu victoria?", pregunta Pablo (1 Cor. 15:55).

En el sepulcro no existe la victoria porque la muerte fue reemplazada por la vida; la inmortalidad es un regalo para la humanidad, logrado mediante el rescate expiatorio pagado por el Hijo de Dios.

Pero Pablo dice: "...el aguijón de la muerte es el pecado" (1 Cor. 15:56), significando que si los hombres mueren en el pecado, tendrán que sufrir las penas prescritas y ganar una gloria inferior como futura herencia.

"Mas gracias sean dadas a Dios", continúa el antiguo apóstol, "que nos da la victoria por medio de nuestro Señor Jesucristo". (1 Cor. 15:57.)

Si somos fieles, no sólo habremos de levantarnos para la inmortalidad, sino también para la vida eterna. La inmortalidad es vivir por siempre en un reino preasignado; la vida eterna, en cambio, es lograrla exaltación en el cielo más alto, y vivir allí en la unidad familiar. Pablo continúa exhortando a los Santos:

"Así que, hermanos míos amados, estad firmes y constantes, creciendo en la obra del Señor siempre, sabiendo que vuestro trabajo en el Señor no es vano.

Velad, estad firmes en la fe, portaos varonilmente, y esforzaos." (1 Cor. 15:58; 16:13.)

Tenemos una esperanza eterna en Cristo. Sabemos que se nos ha concedido esta vida a fin de prepararnos para la eternidad, "y la misma sociabilidad que existe entre nosotros aquí, existirá entre nosotros allá, pero la acompañará una gloria eterna que ahora no conocemos" (D. y C. 130:2).

Creemos, es nuestro testimonio, y proclamamos al mundo que "no se dará otro nombre, ni otra senda ni medio, por el cual los hijos de los hombres puedan alcanzar la salvación, sino en y por medio del nombre de

Cristo, el Señor Omnipotente".

Sabemos, es nuestro testimonio y también proclamamos al mundo, que para ser sabio, el hombre debe creer "que la salvación fue, y es, y ha de venir en y por la sangre expiatoria de Cristo, el Señor Omnipotente" (Mosi'ah 3:17-18).

Al igual que Nefi, "trabajamos diligentemente para escribir, a fin de persuadir a nuestros hijos, así como a nuestros hermanos, a creer en Cristo y reconciliarse con Dios; pues sabemos que es por la gracia que nos salvamos, después de hacer todo lo que podemos.

Mas hablamos de Cristo, nos regocijamos en Cristo, predicamos acerca de Cristo, profetizamos respecto de Cristo y escribimos según nuestras profecías, para que nuestros hijos sepan a qué fuente han de acudir para la remisión de sus pecados." (2Ne. 25:23,26.)

También Nefi nos dice el curso que deben seguir las personas, a fin de obtener la esperanza eterna.

"...os digo que la verdadera senda es creer en Cristo y no negarlo; y Cristo es el Santo de Israel; por tanto, debéis inclinaros ante El y adorarlo con todo vuestro poder, entendimiento y fuerza, y con toda vuestra alma; y si hacéis esto, de ninguna manera seréis desechados." (2 Ne. 25:29.)

Con Pablo nos gloriamos en las siguientes palabras, expresadas por nuestro amado Señor:

"...en quien tenemos redención por su sangre, el perdón de pecados.

El es la imagen de Dios invisible, el primogénito de toda creación.

Porque en El fueron creadas todas las cosas, las que hay en los cielos y las que hay en la tierra, visibles e invisibles; sean tronos, sean dominios, sean principados, sean potestades; todo fue creado por medio de El y para El.

Y El es antes de todas las cosas, y todas las cosas en El subsisten;

y El es la cabeza del cuerpo que es la Iglesia, El que es el principio, el Primogénito de entre los muertos, para que en todo tenga preeminencia;

por cuanto agradó al Padre que en él habitase toda plenitud." (Col. 1:14-19.)

Y nuevamente con Pablo decimos:



El presidente Kimball, saludando a los asistentes

"Por lo cual Dios también le exaltó hasta lo sumo, y le dio un nombre que es sobre todo nombre,

para que en el nombre de Jesús se doble toda rodilla de los que están en los cielos, y en la tierra, y debajo de la tierra;

y toda lengua confiese que Jesucristo es el Señor, para gloria de Dios Padre.

Por tanto, amados míos, como siempre habéis obedecido, no como en mi presencia solamente, sino mucho más ahora en mi ausencia, ocupaos en vuestra salvación con temor y temblor. ..." (Fil. 2:9-12.)

Revivamos juntos ahora, este hermoso testimonio de Pedro:

"Viniendo Jesús a la región de Cesárea de Filipo, preguntó a sus discípulos, diciendo: ¿Quién dicen los hombres que es el Hijo del Hombre?

Ellos dijeron: Unos, Juan el Bautista; otros, Elías; y otros, Jeremías, o alguno de los profetas.

El les dijo: Y vosotros, ¿quién decís que soy yo?

Respondiendo Simón Pedro, dijo: Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente.

Entonces le respondió Jesús: Bienaventurado eres, Simón, hijo de Jonás, porque no te lo reveló carne ni sangre, sino mi Padre que está en los cielos.

Y yo también te digo, que tú eres Pedro, y sobre esta roca edificaré mi iglesia; y las puertas del Hades no prevalecerán contra ella." (Mat. 16:13-18.)

A los testimonios de estos poderosos hombres de Dios de la antigüedad —nuestros hermanos en el ministerio del mismo Maestro— quiero agregar el mío. Sé que Jesucristo es el Hijo del Dios viviente, y que fue crucificado por los pecados del mundo. El es mi amigo, mi Salvador, mi Señor y mi Dios.

Con todo mi corazón ruego para que los santos puedan guardar sus mandamientos, que tengan su Espíritu, y que así puedan ganar su eterna herencia con El, en celestial gloria.

Amados hermanos y hermanas, al acercamos al final de estos dos gloriosos días en que hemos estado juntos, mi corazón os recibe con amor, regocijo y gratitud. Dondequiera que voy, encuentro una gran efusión de amor y bondad hacia mi persona, y por esto estoy humildemente agradecido, pues es maná para mi alma; vuestras oraciones y amor me mantienen; el Señor oye vuestras oraciones y me bendice, al igual que a las demás Autoridades, con salud y fortaleza, y El nos dirige en los asuntos de Su reino, aquí sobre la tierra. Todos le estamos sumamente agradecidos por estas bendiciones.

A mi vez, os extendo mi amor y profundo agradecimiento. Al regresar a vuestros barrios, estacas y misiones, al igual que a vuestros hogares en todas partes del mundo, ruego que el Padre Celestial os bendiga, a vosotros y a vuestras familias. Que los mensajes y el espíritu de esta conferencia sean una poderosa influencia y encuentren campo fértil en todo lo que hagáis en el futuro; en vuestro hogar, en el trabajo, en las reuniones y en todos los asuntos de vuestra vida cotidiana. Seamos ahora mejores Santos de los Últimos Días de lo que jamás fuimos antes. Ruego que el Señor os bendiga, y como Su siervo, yo os bendigo ahora y me despido de vosotros, en el nombre de Jesucristo. Amén.